



Una de las aulas de *Massaca*, en la que no hay pupitres.

/SOS Universitarios solidarios

Los alumnos de la universidad americana The College For International Studies de Madrid recaudan dinero a lo largo del curso para la ONG Cruzada por los Niños, que otorga todos los años becas de estudio a los 30 mejores estudiantes de un orfanato cerca de Maputo, en Mozambique.

Que el mundo está mal repartido es un secreto a voces que cada uno debe hacer por cambiar, y mejor si se empieza cuanto antes. Ese es un principio educacional para muchos, también para María Díaz de la Cebosa, que además de ser presidenta de The College for International Studies (CIS) –una universidad norteamericana con sede en Madrid–, lo es también de la ONG Cruzada por los Niños, la vía para que sus privilegiados estudiantes aprendan la mejor de las asignaturas: la solidaridad. Elijan la carrera que decidan, desde Administración de Empresas a Comunicación o Artes Liberales, los alumnos tienen la opción de participar en un extraordinario proyecto de cooperación internacional, en marcha desde 2007, que les aporta dos créditos y una experiencia de vida inolvidable. Su esfuerzo colectivo, organizando durante el curso eventos benéficos diversos, va a servir para premiar a los 30 mejores estudiantes de un orfanato de Mozambique (Casa do Gaiato). El dinero recaudado se transforma en becas universitarias, un sueño de futuro para estos jóvenes africanos que por ellos mismos nunca podrían alcanzar. Al final del año escolar toca conocerse, así que ocho *valientes* estudiantes con edades comprendidas entre 18 y 20 años viajarán desde Madrid hasta la aldea de Massaca, a dos horas por carretera de la capital de Mozambique, Maputo, dispuestos a recibir durante varios días una descarga intermitente de impactos visuales, de sentimientos y realidades dolientes, que de regreso a casa tendrán que volcar al ordenador. Entre ellos están Alba y Jorge. La primera lección provoca inquietud: compartir un día completo con los becados les echa para atrás sólo con ver los autobuses que les transportan a la universidad. Ellos les llaman *chapas*, nosotros, camionetas a reventar. Marta, una de las becadas, no tiene que ir a clase porque, a falta de entregar un trabajo, ya es licenciada en Gestión de la Educación. Tiene una hija, un bebé en camino y vive con su marido y hermanos en una casa de cemento donde no hay agua corriente. El baño es una letrina en el jardín, aunque sí tiene ordenador y está encendido. Por las tardes, Marta

imparte portugués, la lengua oficial, en la escuela de la aldea, pero antes debe ir a dar de comer a sus sobrinos, un montón de críos que viven con la abuela, una anciana de 50 años que ha sobrepasado en cinco la media de vida del país, y que en ese momento regresa con el agua del pozo, 25 litros sobre su cabeza y dos kilómetros de caminata. Allí no hay electricidad, y en los platos de los niños no hay más que arroz cocido, que se disputan por igual gatos y gallinas.

En el camino hacia el colegio, Marta explica a los voluntarios que al licenciarse pasará de cobrar 7.000 meticales mensuales a recibir 10.000 –unos 240 euros–, que sumados a los 6.000 que gana su marido, también profesor, les permitirá vivir con cierta holgura. Alba y Jorge le escuchan decir que nunca llegará a cumplir su sueño, ser directora de la escuela. Cuestión de género en su país. Tras la cena compartida con todos los becados y el contraste de experiencias, quedan unas horas para recuperarse del *shock* colectivo antes de conocer a un grupo de activistas, jóvenes estudiantes con nociones de enfermería que están comprometidos con su pueblo, al que enseñan a protegerse de la enfermedad y a combatirla (de 1.500 habitantes que hay en la aldea 240 están infectados por el sida), y lo hacen mediante el teatro y las charlas, de casa en casa. Entre estos activistas está Fátima, que cada día recorre su sector visitando a su grupo de enfermos, orgullosa de saberse su amiga y de comprobar que tienen su cartilla sanitaria en orden, y que la medicación les mantiene activos. La amenaza está hoy en el cólera, con varios casos en la capital, imposible de eliminar hasta que la población tenga acceso al agua potable. Cuánto que aprender y meditar, reconocen los estudiantes del CIS. Quedan marcados de por vida con la huella del compromiso social hacia África. *Por Gema Izquierdo*

/Para donaciones: nº de cuenta La Caixa 2100 – 0600 – 81 – 0202474265 (Más inf.: cruzadaporlosninos.org/)